

Luis Oyarzún

## Nota sobre la inquietud americana



A mirada vigilante del espíritu puede advertir que en estos mismos días se está produciendo entre nosotros un crecimiento del interés por las cosas chilenas y americanas, sobre todo en ciertos sectores juveniles. Semejante fenómeno, ocasionado en buena parte por la ansiedad que sentimos por nuestro destino futuro, es auspicioso y estimable en sí mismo, por tratarse de un movimiento espontáneo que demuestra cómo gana terreno en los espíritus la idea de que nuestra propia existencia constituye un problema apasionante y grave, que requiere de la concentración total de nuestros esfuerzos, si es que deseamos avanzar por el camino de las realizaciones efectivas.

Sin embargo, tal actitud tiene frecuentemente un origen bastardo, capaz de empequeñecer su contenido y sus proyecciones en la conducta nacional. Por eso mismo conviene deslindar los campos y demostrar hasta qué punto es saludable y necesario el designio de atender primero a lo que somos y a lo que requerimos.

Sin duda está desarrollándose entre nosotros, y he oído decir que lo mismo sucede en otros países del continente, una vigorosa corriente de pensamiento que aspira a dirigir la visión hacia los horizontes más cercanos; en nuestro caso, Chile y la América Latina. Comparto plenamente esta actitud en el sentido de que debemos polarizar nuestras energías, concentrándolas alrededor de nuestra realidad y consagrándonos a trabajar por la resolución de nuestros problemas fundamentales. Esta afirmación me parece un axioma esencial como principio realista, intelectual y activo al propio tiempo. Sin embargo, ¿podríamos olvidar que vivimos en un mundo cuya historia tiende a hacerse universal y cuyas fuerzas combatientes giran también dentro de nosotros mismos? No somos ajenos, como algunos grupugnan, a lo que en este momento sucede lejos de nuestra tierra. La lucha mundial y sus vicisitudes, así como las ideologías que operan en su seno, se desarrollan en un plano único, que es justamente el mundo entero.

Es claro que poseemos una realidad cultural «sui generis», mas ¿podríamos olvidar que todos los pueblos actuales, por diferentes que sean, tienen que resolver, entre muchos propios, algunos problemas comunes? Esto es justamente lo que desconocen todos aquellos que sustentan un aislamiento cultural profundamente peligroso, no sólo porque acusa una verdadera desconexión con respecto a la realidad de nuestro tiempo, sino también porque revela una lamentable falta de perspectiva en

frente de nuestros propios problemas, que constantemente limitan con problemas universales. Es innegable que dentro de lo más urgente está la consolidación de una conciencia chilena y la formación de una conciencia latinoamericana, puesto que Chile y Latinoamérica son los ámbitos más próximos que contienen a nuestra vida y, en consecuencia, las órbitas naturales de nuestro amor y de nuestra acción, pero no por eso es menos condenable la idea de que constituyamos un mundo aparte, con un destino completamente desligado del de las otras regiones del mundo. Es abusivo especular a priori con la existencia de un «hombre chileno» o de un «hombre americano» específicos, neutrales ante la emergencia bélica de estos años e indiferentes en el fondo, con respecto a Europa. Se disertan largamente y se escriben eruditos artículos sobre los males que la filosofía europea ha hecho en América, partiendo de la base de que nuestro pensamiento no calza dentro de los moldes ni de los temas que el hombre ha empleado hasta hoy como continente de su espíritu.

A pesar de todo, somos miembros de la cultura occidental, cuyo patrimonio es nuestro también, por herencia y por vocación y, si bien es posible desarrollar en la América Latina nuevas modalidades de la vida, no tenemos por qué salirnos de la gran órbita cultural en que naturalmente estamos. Y, justamente porque los pueblos occidentales no han dicho hasta ahora su última palabra, podemos tener nosotros una gran misión, que cumpliremos junto a las demás naciones, sin que por

eso dejemos de ser. No quiero defender un europeísmo basado en la imitación, que a nada podría conducirnos, pero me doy cuenta de que los valores fundamentales del Occidente son también los nuestros y de que no se trata sino de hallar los caminos más adecuados y más nuestros para realizarlos. Sin duda estos caminos tendremos que abrirlos nosotros mismos, pero el punto ideal de término es idéntico para nosotros que para los europeos o para los norteamericanos. ¿O es que nuestra intuición fundamental del mundo es radicalmente distinta a la europea? Es claro que nuestra voz, dentro del concierto de Occidente, no ha de ser ni inglesa ni norteamericana ni española, sino latinoamericana, si es que en verdad poseemos profundos elementos comunes que nos liguen y si es que disponemos de una fuerza espiritual que nos permita expresarnos auténticamente.

Por otra parte, ¿cómo no mirar hacia Europa y hacia los Estados Unidos, si en esos mundos se está desarrollando una aventura humana?—y no me refiero sólo a la guerra—que en cierto modo es también la nuestra. Y si nos referimos a la guerra misma, es absurdo y, si no simple, soberbio, sostener que no nos importa nada ¡Vaya si nos importa! Es claro que no menos absurdo es pensar que de ella dependemos de manera absoluta, hasta el extremo de que lo único que nos corresponde hacer sería esperar pasivamente sus resultados, pensando que todas las cosas que de ella salgan, buenas o malas, nos van a llegar hechas, por una especie de fatalidad irresistible. Precisamente porque no

van a caer de modo providencial en nuestras manos ociosas, debemos volvernos hacia nosotros mismos, sin dejar de seguir apasionadamente la historia del mundo, colaborando en la medida de nuestras fuerzas con la causa mejor, que es sin duda la que defienden las naciones unidas. Y, antes de soñar con una cultura inexistente o dudosa, debemos prepararnos para que cada uno de nosotros, y con nosotros nuestras instituciones, tengan la competencia y la elasticidad que requerirán las responsabilidades inmensas que recaerán sobre nosotros el día de mañana. Y, al hablar de la competencia, me refiero sobre todo a una visión general de nuestros problemas, que nos permite superar el mediocre detallismo que ha ido desquiciando la vida nacional en las últimas décadas

¿Qué sentido tendría nuestra vida, en el plano económico y en los demás, dentro de un régimen de aislamiento, aun concibiéndonos en medio de una América Latina férreamente unida? Indudablemente nuestro destino político está en la conquista de una auténtica vida democrática, original acaso, pero gobernada por ideales que, no por ser también europeos, dejan de ser muy nuestros. Pero la democracia no sólo reposa en fundamentos estrictamente espirituales, sino también en bases económicas y, por lo menos en lo que respecta a Chile, parece que para el desarrollo económico es imprescindible la industrialización, que, al fin y al cabo, sólo es posible si se logra una organización mundial de la economía.

Indiscutiblemente, el abrigar una especie de hostil resentimiento en contra de determinadas naciones o razas es ya un comienzo de soberbia insularidad espiritual. No hay peor enemigo de la verdadera grandeza que el resentimiento, que nos lleva irracionalmente a la negación de los valores ajenos. En última instancia, frecuentemente lo hay en la actitud nacionalista o iberoamericanista de muchos, y lo hay sobre todo en el amargado corazón de los que desprecian a los Estados Unidos. Es cosa corriente escuchar los más rotundos juicios acerca de este país que, por su complejidad más que extraordinaria, bien poco se presta a la apresurada cristalización conceptual. No pretendo discutir el derecho de cada individuo para aceptar o rechazar, poniendo un signo de afirmación o negación sobre las cosas, pero es irritante ver cómo los juicios de valor no se apoyan a veces sino en venerables prejuicios o en apreciaciones caducas. Han pasado muchos años desde que Rodó escribiera su famoso «Ariel» y estos años han sido tal vez menos estériles para los Estados Unidos que para cualquier otro país del mundo, quizá excluyendo a Rusia. Es posible que sean muchos y muy graves los defectos de Norteamérica, pero en todo caso es imperdonable sentar dogmáticamente juicios a priori sobre un material tan delicado y multiforme.

Estamos en el borde de un mundo nuevo, al cual debemos encontrar las energías en tensión, pero con un corazón limpio. En buena hora fortalezcámonos preo-

cupándonos de nuestro país, sin que nuestra visión se altere con la sombra del odio.

Y, si bien es cierto que nuestras órbitas son Chile y la América Latina, hay una órbita mayor que es el hombre. Por eso, al pensar y trabajar sobre lo próximo, no olvidemos lo distante que, además de estar también adentro de nosotros mismos, puede servirnos de orientación y guía, así como de espejo para ver nuestra individualidad por contragolpe.